

Juan Sebastián de Elcano

El primero que circunnavegó el mundo



Así dice el escudo de armas que le concedió el Rey Felipe II tras su prodigiosa hazaña. Sin embargo, todo el mundo se empeña de una forma injusta en asegurar que Fernando de Magallanes fue el primer ser humano que navegó alrededor del planeta tierra. Es verdad que este marino portugués fue quien diseñó la travesía, pero no es menos cierto que murió en 1521 a mitad de camino víctima de un ataque de los indígenas en las islas Filipinas. Con lo que no pudo terminar vuelta al mundo alguna. Quien lograría tamaña hazaña sería uno de los capitanes de su flota, un recio vasco de pocas palabras y modestia sin límites llamado Juan Sebastián de Elcano. Aún hoy se sigue hablando poco de él. Salvo en su pueblo natal Guetaria, donde podemos contemplar múltiples muestras de reconocimiento a su persona.

Magallanes había logrado la financiación para armar una flota de cinco barcos tripulada por doscientas treinta y cuatro personas. Se hicieron a la mar desde San Lúcar de Barrameda el 10 de agosto de 1519, pero solo Elcano lograría regresar a bordo de la nao Victoria en 1522 con tan solo diecisiete tripulantes a bordo. Cuando volvió a España tenía cuarenta y cinco años.

A pocas millas de San Sebastián, y a solo cuarenta de Bilbao, está situado su pueblo natal, una preciosa villa de pescadores fundada por los romanos que se unió a la Corona de Castilla en el siglo XIII, y que todavía hoy acoge a una importante flota de pesca. Su población está plenamente volcada en la mar y sus artes. Por eso no es raro ver a todos los miembros de una familia reparando las redes o arranchando el barco en los periodos que las leyes europeas imponen descanso para los peces. Es el único puerto conocido que ha erigido un monumento a la mujer en sus muelles. Sin embargo, muchas cosas han cambiado en esta villa marinera donde las haya, y los tripulantes de los barcos de pesca ya no son gentes del pueblo. No es raro ver marineros marroquíes o africanos realizando aquellos trabajos que los jóvenes vascos ya no quieren. A los negros les llaman con sorna pero con respeto chipirones, y a los árabes hijos de Alá. Pero sin ellos no podrían salir a por el bonito o la anchoa. Ya no hay brazos de la tierra que quieran embarcar varias semanas sumidos en las incomodidades que toda navegación de pesca conlleva.

En lo alto del pueblo, como si los vigilase, se yergue la figura en piedra del ilustre navegante Juan Sebastián de Elcano, el primero y el mejor. Es la segunda estatua construida, pues la primera voló por los aires en 1835 durante un combate. Desde su pedestal parece decir que no hay que quejarse tanto; que a la mar o se la quiere o se la odia, pero que ningún hijo de esa tierra de marinos puede permanecer indiferente ante ella. A pesar de todo fue encarcelado por ese Rey al que sirvió y dio tantos honores, como por otra parte pasó con muchos de nuestros mejores navegantes: desde Colón a Menéndez de Avilés; de Pizarro a Hernán Cortés. Los cortesanos sentían envidia de sus gestas y pretendían quedarse con los réditos

económicos de sus conquistas y descubrimientos. Y no paraban hasta verlos detrás de las rejas para que no lograran eclipsarlos. Esa fue la historia de nuestros mejores marinos y conquistadores, seres extraordinarios a los que la mar y las adversidades no lograron detener, pero que sin embargo fueron derribados por la envidia y la maledicencia.

La regulaciones administrativas venidas de la Europa Comunitaria han dejado el puerto de Guetaria a media capacidad, y no pasan de veinte los barcos de altura, y de quince los de bajura. Cada vez es más caro mantener una de estas modernas embarcaciones repletas de aparatos electrónicos pagando a la marinería sueldos de ejecutivos de alto nivel; el precio del gasoil y el de los pertrechos tampoco ayudan. Muy distinto de los barcos que mandó el vasco universal Elcano, cuyas tripulaciones estaban formadas por presidiarios y chusma, que lograban como paga la comida, y como reconocimiento el látigo del contra maestre.

Como no podía ser de otra forma Elcano murió en la mar, en la última expedición que emprendió en 1526. Su cuerpo se perdió en el ese océano Pacífico que lo elevó hasta la gloria efímera con la que la patria premiaba a sus mejores servidores. Sin embargo su gesta perdurará para siempre, a pesar de las envidias, los sinsabores y la maledicencia.